

porque no murió ni por opinion ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que habia deshonrado el trono.

XIII.

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun habia llevado la lijereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacian brillantes á sus faltas. El escándalo se convertia en fama para él. Pretendia haber sido amado por la reina. Sus memorias no son mas que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á La Fayette á América, y se entusiasmó por la libertad: no por virtud sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo mas que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes y al fin en la Vendée. Lanzado una vez en la revolucion conoció que no habia mas remedio que seguirla hasta el cabo. Detenerse en otra parte era imposible, porque la corriente era demasiado rápida: no sabia á donde iba á parar, pero marchaba siempre hácia adelante. El aturdimiento era su norte. Daba á la república alegremente su nombre, su brazo y su sangre. Los soldados le adoraban y los generales plebeyos tenian celos de su ascendiente y no sufrían con paciencia á aquel antiguo aristócrata. Algunas querellas estallaron en la Vendée, entre

Rossignol, general jacobino y Biron. Biron fué el sacrificado.

Llevado á París, encerrado en la Consergeria y sentenciado á muerte, entró en la cárcel como si hubiese entrado en su tienda de campaña la vispera de una accion. Miró la muerte con indiferencia y quiso saborear hasta el último instante los únicos gozes que les quedaban á los presos, que eran los placeres de la mesa, en la que tenia por convidados á los carceleros y á las guardias, á falta de otros compañeros de alegría. Se hizo llevar ostras y vino blanco y bebia largamente al llegar los criados del ejecutor: «Dejadme acabar las ostras, les dijo Biron. Para el oficio que tenéis debereis necesitar fuerzas: ¡bebed conmigo!»

Aquella muerte, que imita la muerte irreflexiva de un jóven epicureo, en un hombre de edad madura, tiene mas apariencia que dignidad. La sonrisa no tiene cabida en los umbrales de la eternidad. La indiferencia en aquella hora terrible, no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió en sus últimos momentos á Biron, por la irreflexion con que despreciaba el suplicio. Aquel hombre murió como habia querido vivir, valiente, orgulloso y aplaudido.

Esto acaeció el último día del año de 1793. Otros debian morir al siguiente 1.º de enero. La muerte no conocia calendario. Los años se confundian en el suplicio. La sangre no se detenía por eso.

XIV.

Cuatro mil seiscientos presos aguardaban á ser juzgados, solo en las cárceles de París. Fouquier-Tinville no podia dar abasto á las acusaciones que dirigia en masa y casi á la casualidad. Abrumado por el número

de acusados y ostigado por la impaciencia del pueblo, Fouquier-Tinville, no se separaba del gabinete del palacio de justicia en donde estendía las acusaciones. Comía precipitadamente en la misma mesa en que firmaba las sentencias de muerte, y se acostaba en un colchon en el mismo tribunal. Trabajaba incesantemente y se quejaba de no tener tiempo para abrazar á su muger y á sus hijos. El celo por la república le consumía: ¡olvidaba que este celo era el del esterminio, atreviéndose á llamarle un deber! El se creyó ser el brazo de la revolución. Liberar una vida, olvidar á un culpable, absolver á un acusado eran cosas que le pesaban. Estraña perversion del corazon humano por el fanatismo. Fouquier recibía todas las tardes de la comision de seguridad pública, la lista de los sospechosos que habia que encarcelar ó juzgar. El mecanismo del terror era por decirlo así, material. Fouquier-Tinville, aunque cegado por la sangre que hacia derramar, se aturdia, sin embargo, algunas veces del número prodigioso de ejecuciones que se le habian pedido, y de los nombres de las victimas que habia sentenciado. Le sucedió, si bien solo una ó dos veces, abrir á los acusados una puerta de salvacion, sugiriéndoles respuestas que pudieran disculparlos. Así salvó en la magistratura á algunos hombres á quienes habia conocido y respetado en otros tiempos.

Alguna vez, la austera virtud de aquellas victimas rehusó la vida que se les ofrecia á costa de una mentira. La religion de la verdad, hizo mártires voluntarios. Hé aquí uno de estos ejemplos, atestigüado por uno de los jueces y digno de pasar á la posteridad.

XV.

Casi todos los antiguos miembros de los parlamentos y los principales magistrados del reino murieron sucesi-

vamente en el cadalso. Mr. Angrand de Allera, teniente civil en el Chatelet, anciano integro, estimado de todo el mundo y cargado de años, fué conducido con su muger al tribunal revolucionario, por haber mantenido correspondencia con un hijo que estaba emigrado, y haberle mandado socorros á su destierro. Fouquier-Tinville informó, é hizo un signo de inteligencia para dictar al acusado la respuesta que podía libertarle. «Mira, le dijo en alta voz, la carta que te acusa: pero yo conozco tu letra porque he visto muchos documentos escritos por tí cuando estabas en el parlamento. Esta carta no es tuya; han falsificado visiblemente tu letra.—Enseñádmela, dijo el anciano á Fouquier-Tinville.» En seguida, despues de haberla mirado con escrupulosa intencion, «Te engañas, respondió al acusador público, esta carta es de mi propio puño.» Confundido Fouquier con aquella sinceridad que inutilizaba su indulgencia, no se desanimó aun, y ofreció otro pretesto al acusado para que se salvase. «Hay una ley, le dijo, que prohibe á los parientes de los emigrados tener correspondencia con ellos y enviarles socorros, bajo pena de muerte ¿Sin duda tú no conoces esta ley?—Tambien te engañas, respondió Mr. Allera, conocia esta ley, pero tambien conozco otra, interior y superior grabada por la naturaleza en el corazon de todos los padres y las madres, que les manda sacrificarse por socorrer á sus hijos.»

El acusador obstinado en su designio, no se desanimó por esta segunda repulsa, y ofreció al acusado hasta cinco ó seis del mismo género. Mr. Allera las eludió con su teson en no alterar ni ocultar la verdad. En fin, conociendo la intencion de Fouquier-Tinville. «Te agradezco, le dijo, los esfuerzos que haces por salvarme, pero es menester mentir para rescatar nuestras vidas; y mi muger y yo preferimos morir antes que faltar á la verdad. Hemos envejecido juntos sin haber mentido, y no mentiremos para salvar lo poco que nos queda de vida. Haz

tu deber como nosotros hacemos el nuestro; no te acusaremos por nuestra muerte; solo se acusará a la ley.» Los jurados lloraron de compasion, pero enviaron al virtuoso suicida al cadalso.

XVI.

De esta suerte se inauguraba el año de 1794. Parecía que la guillotina era la única institución de la Francia. Danton y Saint-Just hicieron proclamar la supresion de la constitucion y el gobierno revolucionario. La administracion se reducía a la arbitrariedad de los comisionados de la Convencion; la justicia era la sospecha ó la venganza; la garantía la delacion, y el gobierno el cadalso. La Convencion no podía dejar de herir ni un momento sin herirse a sí misma. La Francia fusilada en Tolón, metrallada en Lyon, sumergida en Nantes, guillotínada en París, encarcelada, secuestrada y aterrada en todas partes, parecía a una nacion conquistada y saqueada por una de esas grandes irrupciones de los pueblos que destruían la antigua civilizacion a la caída del imperio romano, trayendo consigo otros dioses, otros dueños, otras leyes, y otras costumbres a Europa. Era esta invasion la de una nueva idea a la cual la resistencia había armado con el fuego y el hierro. La Convencion no era un gobierno sino un campamento. La república no era tampoco una sociedad sino una carniceria ejecutada sobre los vencidos en un campo de sangre. El furor de las ideas es mas implacable que el de los hombres, por que estos tienen un corazon, y aquellas carecen de el. Los sistemas son unas fuerzas brutales, que no compadecen ni aun a los que destruyen; asi como las balas de cañon en el campo de batalla hieren sin eleccion y sin justicia, derribando el objeto contra que han sido dirigi-

das. La revolucion desmentía sus doctrinas con su tiranía, manchando su derecho con continuas violencias y deshonrando los combates con sus ejecuciones. De esta suerte se ensangrientan las causas mas puras; no decimos esto para disculpar a los pueblos, sino para manifestar la compasion que nos causan. Nada hay mas hermoso que ver brillar una idea nueva sobre el horizonte de la inteligencia humana, nada es tan legítimo como ayudarla a que combata y venza las preocupaciones, los hábitos y las instituciones viciosas que se la resisten, pero nada hay mas horroroso que verle martirizar a sus enemigos. El combate entonces se convierte en suplicio, el libertador en opresor y el apóstol en verdugo. Tal era, involuntariamente en algunos, teóricamente en otros, el papel de los miembros de la Montaña y de la comision de salud pública. Sus teorías protestaban, pero el movimiento general los arrastraba. Dejaban correr impunemente las venganzas del pueblo, los furoros de la anarquía y las crueldades de los procónsules, hasta las espoliaciones y los asesinatos de Roma degenerada. El partido del ayuntamiento, compuesto de Hebert, de Chaumette, Momoro, Ronsin, Vincent y demás furiosos demagogos, iban cada día mas adelante, arrastrando en pos de sí a la Convencion.

XVII.

Durante estos suplicios, el partido de los legisladores ensayaba de cuando en cuando el formular los grandes principios y las grandes innovaciones como los oráculos al estruendo de los rayos. Robespierre dominando ya a la comision de salud pública, bosquejaba ya en algunas notas reveladas despues, algunos vagos lineamientos de un gobierno de justicia, de igualdad y de libertad, al cual

creía ya tocar. Como en todo lo que ha escrito, dicho ó hecho, se ve en él mas bien el filósofo que el hombre político.

«Es menester una voluntad unánime, dice una de estas notas póstumas.

«Es necesario que esta voluntad sea republicana ó realista.

«Para que sea republicana es necesario ministros republicanos, periódicos republicanos, diputados republicanos y un poder republicano.

«La guerra estrangera es un azote mortal.

«Los peligros interiores proceden de la clase media; para triunfar de esta es menester reunir el pueblo bajo una sola bandera.

«Es preciso que el pueblo haga alianza con la Convencion y que la Convencion se sirva del pueblo.

«En cuanto á la diplomacia exterior, conviene aliarse con las pequeñas potencias, pero es imposible toda diplomacia en tanto que nosotros no tengamos unidad en el poder.

«Después de los medios, he aquí el objeto.

«¿Cuál es este? la ejecucion de la constitucion en favor del pueblo.

«¿Cuales son nuestros enemigos? los ricos y los viciosos.

«¿De qué medios se valen? De la hipocresía y de la calumnia.

«¿Qué es necesario hacer? Ilustrar al pueblo. ¿Y cuáles son los obstáculos para la instruccion del pueblo? Los escritores mercenarios que la estravian con imposturas diarias é imprudentes.

«¿Qué se saca en conclusion de esto? Que es necesario proscribir á los malos escritores como á los mas peligrosos enemigos de la patria, y esparcir con profusion los buenos escritos.

«¿Cuales son los otros dos obstáculos para el estableci-

miento de la libertad? La guerra estrangera y la guerra civil.

«¿Cuales son los medios de terminar la guerra estrangera? Poner generales republicanas á la cabeza de nuestros ejércitos y castigar á los traidores.

«¿Cuales son los medios de terminar la guerra civil? Castigar á los conspiradores, y sobre todo á los diputados y á los administradores culpables: hacer ejemplares terribles con todos los malvados que han insultado á la libertad y vertido la sangre de los patriotas.

«En fin, debe atenderse á que no falten las subsistencias, y confeccionar buenas leyes populares.

«¿Qué otro obstáculo hay para la instruccion del pueblo? La miseria.

«¿Cuándo estará el pueblo ilustrado? Cuando tenga pan, y cuando los ricos y el gobierno cesen de pagar plumas y lenguas pèrfidas para engañarle: cuando el interés de los ricos y el del gobierno se confunda con el del pueblo.

«¿Cuándo se confundirán estos intereses con los del pueblo? Nunca.»

A esta terrible palabra estampada al fin de este diálogo interesante de Robespierre, consigo mismo, la pluma habia dejado de escribir.

La duda ó el desaliento habian dictado aquella última espresion.

Conócese por ella que en un alma obstinada en la esperanza, esta palabra queria decir: Es menester que cedan á la fuerza, y que se pongan á un mismo nivel de justicia y de igualdad todos aquellos cuyos intereses no se puedan confundir con el interés del pueblo. La lógica del terror se derivaba de esta palabra. ¡Palabra de sangrel

En todas las sesiones de la Convencion y de los Jacobinos de noviembre y diciembre de 1793 y hasta en 1794 se hallan un sin número de discusiones, de discursos ó de decretos, en los que respira el alma de un gobierno pagano.

El egoísmo desaparece ante el principio de adhesion á la patria. Las clases pobres que no poseen otra cosa que ella misma, nada mas tienen que darla que su sangre. En aquellas sesiones legislativas parece que la Convencion está escribiendo un capítulo de la constitucion evangélica del porvenir. Las cuotas son proporcionadas á las riquezas: los indigentes son un sagrado: los enfermos reciben auxilios: los niños huérfanos son adoptados por la república: la maternidad ilícita se ve libre de la vergüenza que mata el hijo deshonrando á la madre: proclámase la libertad de conciencia, escógese por tipo en las leyes la moral universal; la esclavitud y el comercio de negros quedan abolidos, y se invoca como ley suprema la conciencia del género humano. Una série de medidas filantrópicas y populares instituye la práctica de la caridad política como un tratado de alianza entre el pobre y el rico: el poder social se reparte igualmente entre todos los ciudadanos. Las enseñanzas elementales costeadas por el Estado, esperecen como una luz divina la ilustracion por todas las clases del pueblo, hasta las mas ínfimas. El amor al pueblo resalta en todo el resorte de la administracion. Se conoce que la revolucion no se ha hecho para usurpar, sino para dar poder, moralidad, igualdad, justicia, y bienestar á las masas. En esto consiste la divinidad del espíritu de la revolucion. Espíritu de luz y de caridad en las deliberaciones de la Conven-

cion; espíritu esterminador en sus actos políticos. Al ver esto se pregunta uno involuntariamente cuál puede ser la causa de aquel contraste entre las leyes sociales de la Convencion y sus medidas políticas; entre tanta caridad y tantos verdugos y entre aquella filantropia y aquel continuo derramamiento de sangre. Esto consistia en que las leyes sociales de la Convencion emanaban de sus dogmas, y sus actos políticos eran hijos de su ira. Aquellas eran sus principios; estos últimos sus pasiones.

Orgullosa la Convencion de la nueva era que inauguraba para el mundo, quiso que la república francesa se convirtiese en una de las épocas célebres de la historia humana. Instituyó el *Calendario republicano* como para recordar siempre á los hombres que no habian podido llamarse tales, hasta el dia en que se proclamaron libres. Tambien lo hizo para borrar con la nueva denominacion de meses y dias en que se dividía el tiempo, las huellas de la religion del calendario gregoriano, y ademas para que la division de los dias en décadas y no en semanas confundiese por mas tiempo el dia inicial del periodo, con el de fiesta y descanso, esclusivamente consagrado al catolicismo: no quiso que la Iglesia continuase señalando al pueblo los momentos de trabajo y de reposo queriendo reconquistar hasta el tiempo al sacerdocio cristiano que todo lo habia marcado con su sello desde que se habia apoderado del imperio.

En aquel sistema, los nombres de los dias eran significativos por su lugar en el orden numerario de la década republicana, esplicando su orden en el período de dias por titulos derivados del latin. Estos eran: *primidi, duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi*. Estas significaciones puramente numéricas tenían la ventaja de presentar cifras á la memoria, pero tambien tenían el inconveniente de no presentar imágenes al espíritu. Solo las imágenes dan colorido á imprimen los nombres en la imaginacion del pueblo.

Al contrario, la denominacion de los meses tomada del carácter de las estaciones y de los trabajos agricolas, era significativa como una pintura y sonora como la vida rural. Los comprendidos en el otoño, se llamaban vendimiario por ser la época de la recoleccion de la uva; brumario, por encapotarse el cielo comunmente en aquella estacion; frimario, porque en ella suelen cubrirse de escarcha las montañas. Los del invierno eran nivoso, pluvioso y ventoso, por ser la época en que reinan las nieves, las lluvias y los vientos; los de la primavera se distinguian con los nombres de germinal, floreal y prairial, por germinar, florecer y segarse las flores, las plantas y las yerbas; llamabase los del estio mesidor, termidor y fructidor, por la estacion del año en que se doran, siegan y maduran los frutos.

De este modo todo se referia á la agricultura, primera y última entre todas las artes. Las fases de los imperios ó las religiones de los pueblos no eran ya el tipo del tiempo, de esta medida de la naturaleza, todo se remontaba á ella esclusivamente. Lo mismo sucedia en la administracion, en la hacienda, en la justicia criminal, en el código civil y en el código rural. Los hombres especiales de la Convencion prepararon los planes de aquellas legislaciones sobre las bases de la filosofía, de la ciencia y de la igualdad, que eran las determinadas por la Asamblea constituyente. Aquellas ideas de que despues se apoderó el despotismo organizador de Napoleon, y á las cuales no dió sino su nombre, se habian concebido, escrito ó promulgado por la Convencion. Napoleon la privó injustamente de esta gloria, y la historia no puede sancionar semejantes latrocinios. Deber suyo es dar á cada uno lo que le pertenece. Los frutos de la libertad y de la filosofía no pertenecen nunca al despotismo.

Los hombres que Napoleon llamó á sus consejos para preparar sus proyectos, los Cambaceres, los Sieyes, los Carnot, los Thibaudeau y los Merlin salieron de las comi-

siones. Como obreros infieles llevaron á aquellos talleres de esclavitud los útiles y las obras maestras de la libertad.

XIX.

Mientras que la comision de salud pública, cubria las fronteras, sofocaba la guerra civil y meditaba legislaciones humanas y morales, París y los departamentos presentaban el espectáculo de las saturnales de la libertad.

El delirio y el furor parecian haberse apoderado del pueblo. La embriaguez de la verdad es mas terrible que la embriaguez del error en los hombres, porque dura mas y profana causas mas santas. Aquella embriaguez impulsaba á las masas á cometer los mas horribles excesos contra los templos, los altares y las imágenes del culto antiguo y aun contra los sepulcros de los reyes.

De tres instituciones que la revolucion queria modificar ó destruir, que eran el trono, la nobleza y la religion del Estado, no quedaba ya mas que esta última, porque guarecida en la conciencia y confundiendo con el mismo pensamiento, les era imposible á los perseguidores el seguirla hasta aquel asilo. La constitucion civil del clero y el juramento impuesto al mismo declarado cismático por la corte de Roma, las retractaciones que la inmensa mayoría de los eclesiásticos habia hecho de este juramento para permanecer unidos al centro católico, la espulsion de aquellos mismos sacerdotes refractarios de sus curatos y de sus iglesias, la instalacion de un clero nacional y republicano en lugar de aquellos ministros fieles á Roma, la persecucion contra estos eclesiásticos rebeldes á la ley por ser obedientes á la fé, su encarcelamiento, su proseripcion en masa sobre los buques de la república en Rochefort; todas las querellas, las vio-

CAPITULO ALFONSO

lencias, las ejecuciones, los destierros y los martirios de estos sacerdotes católicos, habían desterrado en la apariencia el antiguo culto de la superficie de la república. El culto constitucional, inconsecuencia palpable de los sacerdotes juramentados que ejercían un pretendido catolicismo, á pesar de su jefe espiritual, no era hacia ya mucho tiempo sino un juguete sagrado que la Convención había dejado á los campesinos para no destruir de golpe sus hábitos. Pero los filósofos impacientes de la Convención, de los Jacobinos y de la municipalidad, se indignaron de aquel simulacro de religion que sobrevivía á los ojos del pueblo á la misma religion.

Deseaban ardentemente inaugurar en su lugar la adoracion abstracta de un Dios sin forma, sin dogma y sin culto. La mayor parte proclamaban abiertamente el ateísmo como la sola doctrina digna de los espíritus intrépidos en la lógica materialista de la época. Hablaban de la virtud y negaban á Dios, cuya existencia solamente puede dar sentido á la palabra virtud. Hablaban de libertad y negaban la justicia eterna, única que puede vengar á la inocencia y castigar la opresion. La multitud grosera se embriagaba de aquellas teorías de ateísmo y se creía libre de todo deber al verse libre de Dios. Así van siempre las deplorables oscilaciones del espíritu humano, de la supersticion á la nada de las creencias, sin poder detenerse jamás en el equilibrio de la razon y de la verdad.

XX.

Los directores secretos de la municipalidad, y sobre todo Chaumette y Hebert, fomentaban en el pueblo aquellos accesos de impiedad y aquellas sediciones contra todo culto. El pueblo, se decían, no volverá nunca á en-

trar en los templos que haya demolido por sus propias manos, ni se arrodillará nunca delante de los altares que haya profanado, ni adorará los símbolos y las imágenes que haya pisoteado en el pavimento de las iglesias: el sacrilegio nacional se interpondrá entre él y su antiguo Dios. Aquel resto de catolicismo que se ejercía públicamente en los templos cristianos les importunaba y lo quisieron hacer desaparecer. Exigieron públicas apostasias de los sacerdotes y obtuvieron bastantes. Algunos eclesiásticos, unos por miedo y otros por incredulidad real, subieron á los púlpitos para declarar que habían sido hasta entonces unos impostores, y siempre eran acogidos con aclamaciones estos tráfugas del altar. Se parodiaron irrisoriamente las ceremonias tenidas antes por sagradas y se llegó hasta el extremo de revestir á un buey ó á un asno con los ornamentos pontificales, paseando aquellos escándalos por las calles, bebiendo vino en los cálices y cerrando las iglesias. Escribieron en la puerta de los cementerios: *Sueño eterno*. Llevaban á los representantes comisionados ó á las capitales de los distritos, los tesoros de las iglesias, ó hacían ofrendas patrióticas con ellas á la nacion. Los clubs se instalaron en los santuarios, convirtiéndose la cátedra evangélica en tribuna de los oradores. En pocos meses, el inmenso material del culto católico, catedrales, iglesias, monasterios, rectorías, torres, campanas, ministros y ceremonias, habían desaparecido.

Los representantes comisionados se aturdiran según escribían á la Convención, al ver la facilidad con que desaparecía todo el aparato de las instituciones antiguas. Las religiones de donde se retiran el poder del Estado y la riqueza de las dotaciones, se borran prontamente de los espíritus. Los filósofos de la municipalidad resolvieron á mediados de noviembre acelerar aquel movimiento en París. Sabían que si el pueblo renegaba fácilmente del espíritu de su culto, no renunciaba tan pronto

CAPILLA ALFONSO DE BRAGANZA

á los espectáculos y á las ceremonias que divertian su vista. Quisieron apoderarse de sus templos para ofrecerle un nuevo culto, especie de paganismo disfrazado, cuyo dogma no era sino imágenes, el culto un ceremonial y la divinidad suprema la Razon convertida en su propio Dios y adorándose en sus atributos. Las leyes de la Convencion que continuaba en mantener el culto católico nacional, se oponian á esta invasion violenta de la religion filosófica de Chaumette, en la catedral y en las iglesias de Paris. Era necesario hacer evacuar aquellos monumentos por una renuncia voluntaria del obispo constitucional y de su clero. Los gritos de muerte que perseguian en todas partes á los sacerdotes, su sangre que corria en abundancia sobre todos los cadalsos de la república, los insultos del pueblo por su trage, las cárceles llenas de ellos y la presencia de la guillotina, impulsaron á hacer esta renuncia al clero republicano que temblaba todos los dias al verse sacrificado en el ejercicio de sus funciones. El principal móvil que retenia aun á una parte de aquellos sacerdotes era el sueldo anejo á sus funciones, pero se aseguró á los principales de entre ellos un sueldo equivalente al de los destinos mas lucrativos en las administraciones civiles y militares de la república, y la esperanza ó las amenazas les arrancaron su consentimiento á lo que de ellos se exigia.

El obispo Gobel, hombre débil de carácter, pero sincero en su fé, fué el único que se resistió. Le intimidaron por un lado y le tranquilizaron por otro: le dijeron que la renuncia del ejercicio público de su culto no era sino un sacrificio á la necesidad del momento: que esta abdicacion no implicaba una renuncia del carácter sacerdotal: que no era sino una abdicacion de sus funciones públicas, y que despues de deponer su episcopado continuaria, lo mismo que su clero, en el ejercicio individual y libre de su religion. Chaumette, Hebert, Momoro, Anacharsis Clootz y Bourdon del Oise, impor-

tunaron á aquel anciano, hasta que obtuvieron de él lo que deseaban. Se llamó á este acto de Gobel una apostasia. Investigaciones ciertas atestiguan el error de los historiadores con respecto á este asunto. Gobel se presentó en la Convencion acompañado de sus vicarios. Momoro lo presentó y arengó á la asamblea en nombre de la municipalidad. «Ved aqui delante de vosotros, dijo, á estos hombres que vienen á despojarse del carácter de la supersticion. Este gran ejemplo será imitado. Bien pronto la república no tendrá otro culto que el de la libertad y la igualdad, culto tomado de la naturaleza, y que se convertirá en una religion universal.» Gobel, cuya conciencia sorprendian y violentaban las palabras de Momoro, se estremeció, pero no se atrevió á desmentirle. Las tribunas le hacian temblar. «Ciudadanos (dijo leyendo una declaracion meditada y convenida con la municipalidad), como plebeyo, he alimentado desde muy jóven en mi alma los principios de la igualdad. Llamado á la Asamblea nacional, he reconocido uno de los primeros la soberanía del pueblo. Su voluntad me llamó á la silla episcopal de Paris. No he empleado el ascendiente que podia darme mi título y mi destino sino en aumentar su adhesion á los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la moral, base necesaria de toda constitucion verdaderamente republicana. En el dia, que la voluntad del pueblo no admite otro culto público y nacional que el de la santa igualdad, porque como soberano lo quiere así, renunció á ejercer mis funciones de ministro del culto católico.» Los vicarios de Gobel firmaron la misma declaracion. Unánimes aclamaciones saludaron este triunfo. Numerosas declaraciones escritas ó verbales en este mismo sentido, siguieron á las del obispo y sus vicarios. Tomás Lindet abdicó en otros términos: «La moral que he predicado, decia, es de todos los tiempos. La causa de Dios no debe ser ocasion de guerra entre los hombres. Cada ciudadano debe mirarse como sacerdote

de su familia. La destrucción de las fiestas abrirá, sin embargo, un vacío inmenso en los hábitos de la población: medid este vacío y reemplazad estas fiestas con otras fiestas puramente nacionales, que sirvan de transición entre el reinado de la razón y el del fanatismo.»

Los obispos Gayvernon y Lalande y muchos curas, hicieron otras declaraciones de la misma naturaleza. La Asamblea aplaudió como en la noche del 4 de agosto, en que la nobleza abdicó sus derechos. En medio de estos aplausos, entró en el salón Gregorio, obispo constitucional de Blois. Lo informaron de la causa de aquellas manifestaciones, y le obligaron á imitar el ejemplo de sus colegas llevándolo á la tribuna. «Ciudadanos, dijo, acabo de llegar y no tengo sino nociones muy vagas de lo que sucede en este momento. ¿Se habla de sacrificios por la patria? Estoy acostumbrado á hacerlos. ¿De adhesión á la revolución? Tengo hechas mis pruebas. ¿De las rentas añejas á las funciones de obispos? Las dejo sin sentimiento. ¿Se trata de religion? Este artículo está fuera de vuestro dominio; no teneis derecho para atacarlo. Como católico por convicción y por sentimientos, sacerdote por elección y obispo nombrado por el pueblo, no es de él ni de vosotros de quien tengo mi misión. Se me ha atormentado para que aceptara la carga del episcopado, y se me atormenta ahora para obtener de mí una abdicación que no se me arrancará nunca. Obrando según los principios sagrados que me son tan queridos y que yo os desafío á que me arrebatéis, he procurado hacer todo el bien posible en mi diócesis, y yo permanezco obispo para hacerlo aun. Invoco la libertad de cultos.»

Murmullos y sonrisas acogieron aquel animoso acto de conciencia. Acusaron á Gregorio de querer cristianizar la libertad. Los silbidos de las tribunas le acompañaron hasta su asiento. Sin embargo, la estimación de los hombres cuya filosofía se remontaba hasta Dios, le vengó de aquellos desprecios. Robespierre y Danton dieron se-

ñales de aprobación á lo que habia dicho, indignándose en secreto de las violencias del partido de Hebert contra la conciencia; pero la corriente era demasiado rápida para detenerla en aquel momento. Ella arrastraba en su furia todos los cultos en la proscripción del catolicismo.

Sieyès salió de su silencio para abdicar, no sus funciones, que nunca habia ejercido, sino su carácter sacerdotal. Filósofo de todos los tiempos, le era permitido confesar su filosofía cuando esta triunfaba, así como la habia confesado antes de su victoria sobre el catolicismo: «Ciudadanos, dijo, hace mucho tiempo que mis votos eran por el triunfo de la razón, sobre la superstición y el fanatismo. Este día, ansiado para mí, ha llegado y me regocijo, viendo en él el beneficio mas grande para la república. He vivido víctima de la superstición, pero jamás he sido su apóstol ni su instrumento. He sufrido por los errores de los demas, pero nadie ha sufrido por los míos. Nadie hay en el mundo que pueda decir que ha sido engañado por mí, y muchos me deben el haber abierto los ojos á la luz. Si he permanecido ligado con las cadenas sacerdotales, ha sido por la misma fuerza que sujetaba muchas almas libres en las cadenas reales. El día de la revolución las he roto todas. No tengo títulos eclesiásticos que ofreceros, ha mucho tiempo que renuncié á ellos. Pero cedo en beneficio de la nación la indemnización que se me ha señalado en cambio de las rentas eclesiásticas que poseía antiguamente.»

Chaumette dijo entonces que el día en que la razón volvía á recobrar su imperio, merecía un lugar aparte en las épocas de la revolución. En consecuencia, pidió que la comisión de instrucción pública señalase en el nuevo calendario un sitio para el *día de la razón*.

«Ciudadanos, dijo el presidente de la Convencion, entre los derechos naturales del hombre hemos colocado la libertad en el ejercicio de cultos. Ademas de esta garantia que os debiamos, acabais de elevaros á la altura en que os esperaba la filosofia. No os hagais ilusiones: esas pantomimas sacerdotales, insultaban al Ser Supremo, porque él no quiere otro culto que el de la razon. ¡En adelante esta será la religion nacional!»

A estas palabras el presidente abrazó al obispo de París. Los sacerdotes de su comitiva, adornados con el gorro encarnado, simbolo de la libertad que reconquistaban, salieron en triunfo de la sala y se dispersaron en medio de los aplausos de la multitud por las Tullerías. Aquella abdicacion del catolicismo exterior, por los sacerdotes de una nacion en que brillaba hacia tantos siglos el poder del sacerdocio católico, es uno de los actos mas característicos del espíritu de la revolucion. Si el ateismo no hubiera sido el provocador de aquel despojo de los sacerdotes asalariados, si el terror no hubiera hecho violencia á la fé, si la libertad de cultos hubiera sido proclamada por el presidente de la Convencion como una verdad en la república: si las religiones se hubiesen emancipado del poder del Estado para volver al dominio de la conciencia individual y libre, el órden religioso se hubiera fundado. Pero cuando la persecucion proclama la libertad, cuando se interroga á la conciencia frente al instrumento del suplicio, la conciencia no es libre y la libertad se convierte en tiranía. El ateismo habia mandado este acto y se apoderó de él. Hizo que su triunfo fuese escandaloso, cuando debia ser el triunfo de la razon y de la libertad.

Chaumette, Hebert y su faccion animaron mas y mas desde aquel día las profanaciones y devastaciones de los templos, la dispersion de los fieles, el encarcelamiento y el martirio de los sacerdotes que preferian la muerte á la apostasia. Los satélites de la municipalidad querian desterrar del suelo y del corazon de los franceses todo lo que pudiese recordar la religion y el culto del Crucificado. Las campanas, esa sonora voz de los templos cristianos, se fundian para acuñar moneda ó hacer cañones; las urnas y los relicarios, apoteosis populares de los apóstoles y de los santos, fueron despojados de sus adornos y arrojados á los muladares. El representante Ruhl rompió en la plaza pública de Reims la *Santa ampolla*, que una antigua leyenda pretendia que era bajada del cielo, para unguir á los reyes con un óleo celestial. Algunos de los directores de los departamentos prohibieron á los maestros que pronunciasen el nombre de Dios en la enseñanza de los niños del pueblo. Andrés Dumont comisionado en los departamentos del Norte escribia á la Convencion: «Pongo presos á todos los clérigos que se atreven á celebrar las fiestas y los domingos. He hecho desaparecer las cruces y los crucifijos. El gozo me enagena; en todas partes se cierran las iglesias, se queman los confesionarios y los santos, y se hacen *cartuchos* de cañon con los misales y demas liturgias sagradas. Todos los ciudadanos esclaman: ¡Fuera los clérigos! ¡Igualdad y razon!»

En la Vendée, los representantes Lequinio y Laigue - lot, perseguian hasta á los revendedores de cera que proveian á las iglesias. «Se desbautizan á bandadas, decian, los clérigos queman sus títulos de órdenes. El cuadro de los derechos del hombre reemplaza en los altares á los tabernáculos de misterios ridiculos.» En Nantes se hicieron hogueras en la plaza pública, en donde se quemaron las estátuas, las imágenes y los libros sagrados. Algunas diputaciones de patriotas iban diariamente á la Convencion á llevarla en tributo los despojos de los alta-

res. Las ciudades y los pueblos inmediatos á París fueron procesionalmente á llevar también á la Convencion en carros, los relicarios de oro, las mitras, los cálices, los incensarios, las patenas y los candeleros de sus iglesias. En unas banderas plantadas sobre montones de despojos llevaban la inscripcion siguiente: *Destruccion del fanatismo*. El pueblo se vengaba con insultos de lo que por tanto tiempo habia adorado, confundiendo á Dios con sus resentimientos contra el culto que se le habia tributado.

La municipalidad quiso reemplazar con otros espectáculos las ceremonias de la religion, y el pueblo asistió á ellos como asistia á todas las novedades. La profanacion de los lugares sagrados, la parodia de los misterios y el brillo pagano de los ritos, le atraian hácia aquellas pompas. Creia que con esto desterraba las *tinieblas* que despues de tantos siglos reinaban en aquellas sagradas bóvedas y que hacia entrar en ellas la luz, la libertad y la razon. Pero faltaba sinceridad en estas fiestas, adoracion á sus actos y alma á sus ceremonias. Las religiones no nacen en la plaza pública á la voz de los legisladores ó de los demagogos. La religion de Chaumette y de la municipalidad, no era sino una operacion popular trasladada de la escena al tabernáculo.

La inauguracion de aquel culto tuvo lugar en la Convencion el 9 de noviembre. Chaumette acompañado de los miembros de la municipalidad y escoltado de una multitud inmensa al son de la música y de las canciones patrióticas, entró en el salon, llevando por la mano á una de las mas bellas cortesanas de París. Un largo velo azul cubria á medias al ídolo. Un grupo de prostitutas compañeras cuyas seguian detrás, y otro grupo de hombres sediciosos las escoltaban. Aquella banda impura se esparció confusamente por el recinto é invadió los bancos de los diputados. Laloj presidia la sesion. Chaumette se adelantó hácia él y quitando el velo que cubria á la cortesana,

hizo brillar su belleza á los ojos de la Asamblea. «Mortales, esclamó, no reconozcais otra divinidad que la Razon, vengo á ofreceros su mas hermosa y pura imagen.» A estas palabras Chaumette se inclinó en ademán de adorarla. El presidente, la Convencion y el pueblo, afectaron imitar aquella señal de adoracion. Se decretó una fiesta en honor de la Razon en la catedral de París. Los cánticos y las danzas acogieron aquel decreto. Los diputados de la Convencion, Armonville, Drouet y Lecarpentier, tomaron parte en aquellos bailes. Una gran parte de la Asamblea, se mostró fria y desdenosa, satisfecha por haber volado aquellas saturnales, las abandonaba al pueblo avergonzándose de tomar parte en ellas. Robespierre sentado al lado de Saint-Just aparentó estar distraido é indiferente. Su severo semblante no llegó á desarrugarse. Dirigió una mirada sobre el desórden del salon, tomó varias apuntaciones, y habló constantemente con el que estaba á su lado. El envilecimiento de la revolucion le parecia el mas grande de los crímenes. Meditaba ya á sus solas el modo de reprimirlo. En el momento en que la orgia popular recibia mas aplausos, se levantó con una indignacion mal contenida y se retiró con Saint-Just. No queria sancionar con su presencia aquellas profanaciones. La salida de Robespierre desconcertó á Chaumette, el presidente levantó la sesion devolviendo á la décencia el templo de las leyes.

XXII.

El 20 de diciembre, dia que se habia fijado para la instalacion del nuevo culto, el ayuntamiento, la Convencion y las autoridades de París, fueron en corporacion á la catedral. Chaumette, ayudado por el actor de la ópera Lais, habia ordenado el plan de la fiesta. La jóven Mai-

llard, actriz llena de belleza y de talento, favorita de la reina poco antes, querida siempre del público, se había visto obligada por las amenazas de Chaumette á desempeñar el papel de la divinidad del pueblo. Entró en la iglesia en un palanquín cubierto con un dosel formado de ramas de encina, precedida de algunas mugeres vestidas de blanco y con cinturones tricolores. Las sociedades populares, las fraternales de mugeres, las comisiones revolucionarias, las secciones y los grupos de coristas, cantores y bailarines de la ópera, rodeaban aquel trono. Llevaba en los pies el coturno teatral, el cabello adornado con un gorro frigio, y el cuerpo apenas cubierto con una túnica blanca, y encima una clámide flotante de color celeste. La sacerdotisa fué llevada al son de los instrumentos hasta el pie del altar, y se sentó en el lugar en que poco antes la adoracion de los fieles buscaba el pan místico transformado en Dios. Detras tenia una inmensa antorcha que significaba la llama de la filosofía, destinada a alumbrar sola en adelante el recinto de los templos. La actriz encendió la antorcha; Chaumette recibiendo el incensario donde ardian los perfumes, de manos de dos acólitos, se arrodilló é incensó. Una imagen mutilada de la Virgen estaba á sus pies y Chaumette apostrofó aquel mármol desafiándolo á volver á ocupar su antiguo lugar en el respeto del pueblo. Los bailes y los himnos distraian la vista y los oídos de los espectadores. Ninguna profanacion faltó al antiguo templo, cuyos fundamentos se confundian con los de la religion y de la monarquía. El obispo Gobel, obligado por el terror, asistió en una tribuna á la parodia de los misterios que habia celebrado hacia tres dias en aquel mismo altar. Encadenado por el miedo, lágrimas de vergüenza corrian de los ojos del obispo. El mismo culto se propagó por imitacion en todas las iglesias de los departamentos. La lijera superficie de la Francia cedió á todos los vientos de Paris. Solo habia la diferencia de que en lu-

gar de escoger sus divinidades en los teatros, los representantes comisionados obligaron á castas esposas é inocentes doncellas á darse en espectáculo á la adoracion del pueblo. Muchas rescataron á este precio la vida de un marido ó de un padre. El sacrificio santificaba la impiedad á sus ojos. Algunos maridos patriotas prostituyeron á sus mugeres á las miradas de todos. Momoro, miembro de la municipalidad, y seide de Hebert, condujo él mismo la comitiva de su jóven y hermosa esposa á San Sulpicio. Aquella muger, cuyo pudor y piedad igualaban á su hermosura, lloraba y se desmayó de vergüenza en el altar. Una jóven de diez y seis años, hija de un encuadernador nombrado Loiselet entregada por su padre á la admiracion del pueblo, murió de desesperacion, arrancándose los adornos y las flores de su papel.

Las familias ocultaban la belleza de sus hijas ó de sus mugeres, para evitar los escándalos de aquellas adoraciones públicas.

XXIII.

La devastacion de los santuarios, y la dispersion de las reliquias siguieron á la inauguracion del culto alegórico de Chaumette. En la plaza de Greve, lugar consagrado á los suplicios, quemaron los restos de Santa Genoveva, patrona popular de Paris, arrojando las cenizas al viento. Persiguieron hasta en los sepulcros las tradiciones de la religion, así como se habian perseguido ya las memorias, el respeto y las supersticiones de la patria. Ni aun la tumba fué un asilo inviolable para los restos de los reyes. Un decreto de la Convencion habia ordenado en odio al trono, la destruccion de los sepulcros de San Dionisio. La municipalidad, exagerando la medida política, cambió el decreto en atentado contra el sepulcro, contra